

**H**a pasado una década desde que José Miguel Insulza asumió su cargo como Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y no cabe duda que la región tiene mucho que agradecerle por la labor cumplida.

No fueron años fáciles. Como suele ocurrir, en ese lapso varios países de la OEA y también el Sistema Interamericano, enfrentaron momentos de tensión, que en ocasiones pusieron en riesgo la estabilidad interna y el ejercicio de la democracia. En otros casos se vio alterada la relación entre algunos Estados, que debe ser de paz y hermandad. En todas esas situaciones, la OEA fue llamada a intervenir y siempre se dejó sentir el llamado al diálogo y la voz conciliadora de su Secretario General.

Los resultados han sido positivos. Aunque todavía hay muchos desafíos pendientes, probablemente nunca el continente había vivido un período como el actual, en el cual, salvo episodios puntuales, impera la paz, la estabilidad y la institucionalidad. La democracia, con una sola excepción, y a pesar de ciertos populismos y uno que otro incidente, se ha asentado en la región y además, prácticamente han desaparecido los conflictos.

También es importante destacar que en este decenio se registraron relevantes avances en el fortalecimiento de las actividades de cooperación entre los países del continente y en el proceso de reestructuración y modernización de las capacidades de gestión y control interno de la Secretaría General.

En lo político, en tanto, su mirada estratégica del acontecer regional y, por qué no decirlo, su audacia, lo llevó a ver en el aislamiento de Cuba un obstáculo a superar para cumplir el objetivo de reunir a todos los países de las Américas. Fue así que en el año 2009 puso el tema en la agenda regional, hasta que en la Asamblea General de San Pedro Sula, en Honduras, la OEA levantó la suspensión que 47 años antes había impuesto al gobierno de ese país.

En medio de no pocas posiciones contrarias, tuvo la virtud de abrir el camino para que los 35 países independientes de nuestro continente, puedan estar hoy sentados en una misma mesa, con la esperanza de que Cuba inicie

pronto su transición hacia la democracia. Con este paso, la OEA dejó atrás la Guerra Fría y permitió, además, sentar un precedente valioso que contribuyó a la decisión del gobierno de Estados Unidos de normalizar su relación bilateral con el gobierno de La Habana.

Podemos decir entonces, que la de hoy es otra OEA, más unida y más democrática. Este tránsito lo hizo de la mano de José Miguel Insulza, quien se ganó críticas y aplausos por un estilo que siempre lo ha caracterizado: buscar puntos de equilibrio y acercar posiciones a través de la vía del diálogo sincero, abierto y constructivo.

Lo anterior no son falsos elogios. Lo conozco muy bien. Trabajé con él y sé que es un buscador de consensos, atributo que mostró, incluso en circunstancias muchos más desafiantes, cuando fue uno de mis más cercanos colaboradores como ministro de Relaciones Exteriores, primero, y como ministro Secretario General de la Presidencia, después. Su carácter y entereza han marcado su trayectoria, no sólo en la OEA en los últimos diez años, sino durante todo su paso por el servicio público.

Sin perjuicio de lo anterior, creo necesario aprovechar esta tribuna para expresar la necesidad de que los gobiernos de América se comprometan con mucha más fuerza en el fortalecimiento de la OEA, que tiene la virtud de ser el único organismo hemisférico donde están presentes todos los Estados del continente.

Para ser justos, a pesar de las críticas que muchas veces se le hacen, a veces justas, la OEA sigue siendo una institución más grande que cualquier otra instancia de integración que se haya creado en la región y posee, además, una Carta Democrática, una respetada Comisión de Derechos Humanos y cuenta con más de una docena de agencias especializadas en drogas, seguridad ciudadana y educación.

No obstante, son los propios gobiernos los que con sus decisiones y actitudes muchas veces demuestran una inquietante falta de voluntad para respaldar e impulsar la OEA, olvidando que esta, al igual que cualquier otra organización internacional, es lo que los gobiernos quieren que sea, pues no se trata precisamente de un ente autónomo.

Tengo la convicción de que los valores en que se basó su creación deben continuar inspirando su acción en el futuro y es de esperar que todos los Estados del hemisferio trabajen por lograr una OEA renovada y activa, que sea un instrumento eficaz para encarar los problemas y tareas de los actuales tiempos, así como para fortalecer la gobernabilidad, la democracia, los derechos humanos, el libre comercio y el combate contra las drogas, el crimen y la corrupción.

Esa fue la preocupación que marcó los diez años de José Miguel Insulza en la Secretaría General de la OEA, en la que una vez más demostró su capacidad para afrontar serios desafíos, absorber reveses críticos y cosechar resultados positivos, así como también su potencial para contribuir a lograr un orden de libertad, paz y justicia.

Me alegra y enorgullece decir que un chileno ha hecho tan grande aporte al continente.

**EDUARDO FREI RUIZ TAGLE**

Ex Presidente de Chile, 1994-2000

Si es verdad que la década de los 80 y parte de los 90 se conocieron como “décadas perdidas”, no es menos cierto que el período histórico que se extiende desde finales del siglo XX hasta nuestros días será recordado por los extraordinarios avances que se lograron en el continente en los ámbitos político, económico y social.

Las dictaduras impuestas en casi todos los países de la región fueron responsables del aniquilamiento de las instituciones republicanas, la violación sistemática de los derechos humanos y el deterioro de nuestra vida cultural. Lo que muchos olvidan es que las dictaduras también dieron lugar a un extraordinario proceso de desorganización económica y social que ayudó y fue ayudado por la represión política. Al cabo de las largas dictaduras, muchos países se encontraron sin industrias, con una macroeconomía frágil, relegados a una función subalterna y en un mundo sumergido en un profundo cambio. Muchos pudieron crear centros de riqueza y modernidad a costa de la sobreexplotación de los trabajadores y del pueblo pobre, con lo cual aumentó la marginalización social.

Se gobernaba solamente para un tercio de la población. Las clases populares, en prácticamente toda la región habían sufrido golpes terribles en sus formas de representación sindical y partidista. El mundo laboral quedó desregulado y empobrecido. Por otro lado, gran parte de las élites locales, indulgentes o no ante el autoritarismo, perdieron la fuerza e importancia que antes tenían, y se encontraron carentes de estrategias y capacidad para dirigir.

Resulta, pues, prodigioso que, en poco más de una década, el continente haya sabido retomar conscientemente el camino de la democracia política. Lo más importante es que millones de hombres y mujeres han sido capaces de combinar este retorno con progresos significativos en el terreno de la democracia económica y social.

José Miguel Insulza vivió intensamente ese nuevo período. Pudo vivirlo porque sufrió la terrible experiencia de ver a la izquierda derrotada en 1973, el cruel período de la dictadura de Pinochet y después el proceso de reconstrucción institucional de su país, en el que desempeñó un destacado papel.

Para José Miguel Insulza, la democracia no es un conjunto de conceptos

sacados de un manual de ciencias políticas, sino más bien una experiencia llena de trampas que exigen inteligencia y paciencia.

Cuando fue propuesto como candidato para la Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos, mi Gobierno no titubeó en apoyarlo decididamente, y me propuse transmitir a mis colegas Presidentes del continente nuestro entusiasmo por esta candidatura. Anhelábamos una OEA distinta de aquella entidad marcada por la Guerra Fría. Una OEA más cercana de la que había dirigido el brasileño Baena Soares, en donde la búsqueda de la paz se sobrepuso a los prejuicios ideológicos.

La gestión de José Miguel Insulza al frente de la OEA satisfizo las expectativas. La diversidad de caminos que siguieron los pueblos de nuestro continente en su anhelo por consolidar la democracia estuvo lejos de ser una repetición monótona de escenarios políticos.

Esta diversidad más bien dio lugar a una nueva complejidad en la que las antes excluidas clases populares participaron notablemente en el proceso político. Esta participación indudablemente es siempre conflictiva pero, al fin y al cabo, los conflictos son parte esencial de la democracia.

El compañero Insulza, como líder de la OEA, supo estar atento a las transformaciones que sufrió nuestro continente en los últimos años. Cuando pudo, procuro que su actuar fuese preventivo, se guió por el respeto a la democracia y a la soberanía de la región. El contenido de este libro pone de manifiesto su esfuerzo, su capacidad de trabajo y su dedicación a una causa común.

**LUIZ INÁCIO LULA DA SILVA**

Ex Presidente de la República Federativa del Brasil, 2003-2010